

Libertad para la cultura

E.
MIRET
MAGDA
LENA

LA cultura es peligrosa para todos los regímenes autoritarios. Las ideas hacen pensar, razonar y comparar. Y de este ejercicio individual y colectivo resulta una postura personal, y sobre todo una opinión convencida, si estas ideas son vividas y no se quedan en el descomprometido cielo de la fantástica evasiva rodeada de nubes y no de realidades.

En nuestras épocas anteriores —y muy especialmente en el período nacional católico del franquismo— se dosificaban las ideas, teniendo que atravesar un burdo tamiz en el cual se quedaban atascadas aquellas que tenían alguna entidad, porque no podían sortear el obstáculo que les oponían estos estrechos pasos que se les colocaban por delante, como una carrera de obstáculos llena de insalvables dificultades.

Más tarde, la fuerza misma de la vida hizo que se pudieran traspasar algunos de estos óbices, siempre y cuando su difusión popular fuese escasa o nula. La tolerancia no llegaba más allá, dándose tristes espectáculos como el de aquel profesor de enseñanza media condenado por poseer en su biblioteca libros de orientación izquierdista que se podían comprar en los establecimientos públicos, pero cuyas ideas tenían que ser guardadas celosamente en el "almario" particular del enseñante, no debiendo salir a las aulas escolares ni siquiera para conocimiento sereno e imparcial de los alumnos.

La Iglesia española, con su teoría de los "derechos de la verdad", pasaba por encima de la libertad y de la razón de nuestros ciudadanos imponiendo un angosto cauce, fuera del cual nadie podía salirse. Y el complaciente Estado hacía dejación de su papel entregándose a un cicatero papel de correveidile clerical, en una palabra: de brazo secular de los afanes dominadores de nuestro mundo eclesialístico español.

Así nuestra cultura se ahogó tristemente en este clima enrarecido por falta de oxígeno, y ahora tenemos que darle nueva vida fomentando la libertad que no tuvimos.

Un primer papel de esta nueva fase ya lo estamos empezando a cumplir: es el de la crítica de aquello que nos asfixió, y que puede ocultamente seguir asfixiándonos porque los dictados unipersonales de ayer podían ser sustituidos —como en la prensa leemos frecuentemente— por otras presiones colectivas interesadas que nos hagan esclavos de lo que pretenden hábil y ocultamente determinados grupos de poder (del dinero, de la política, del "establishment"...). O podríamos ser seguidores ciegos de las modas en el pensar, en el sentir o en el querer. O también podríamos caer

en el cerrado ámbito mental de un pequeño grupo que ingenuamente cree volver a ser poseedor absoluto de la verdad.

Para estos males, explícitos o implícitos, no hay más que una sola medicina: la iconoclastia, la ruptura de todos los ídolos que nos embaucaron y siguen embaucando, la crítica radical que va —como buena filosofía humana que es— a la raíz de todas las cosas en forma despiadada y descarnada. No necesitamos prudencialismos, términos medios ni conformismos. De lo que tenemos necesidad es de mayor radicalidad para descubrir todos los engaños de la superficialidad. Es decir: tenemos que desvelar todas las demagogias —que hoy vienen muy principalmente de la derecha o del centro— que ocultan la compleja realidad y nos impiden ver por nosotros mismos, engañándonos con el aliciente de un cambio verbal que no tiene base real. Y no sólo las demagogias de la superficialidad, sino los conformismos que nos paralizan anclándonos en ficticias seguridades.

Los católicos hemos perdido muchos puntos de profundidad en estos años de aparente crítica. Nos hemos acostumbrado a rozar las cuestiones sin ahondarlas, no sabemos desprendernos de la cáscara y pretendemos sustituir la de ayer, que nos parece amarga, por otra de hoy que nos parece más sabrosa, pero sin calar en el fruto, que es la única realidad que deberíamos descubrir.

Yo he criticado mucho a Pío XII, pero he de reconocer que hay un abismo entre la inteligencia de que dio muestras en los mejores años de su pontificado y la de Pablo VI. Hay que recordar hoy lo que decía aquél en 1955: "Es importante en nuestros días que se forme cuidadosamente el sentido crítico de los jóvenes a la edad en que se abren a la vida cívica y social". Hay que acostumbrarles a abrir los ojos y no a cerrarlos. Tienen que "saber leer un periódico, juzgar un film, criticar un espectáculo, en una palabra: soltar las riendas de su juicio y de sus sentimientos contra todo aquello que tiende a despersonalizar al hombre". No debemos sustituirlos a ellos, ni pretender por más tiempo resguardar a la juventud de todo; ni llevarles por nuestro camino, ni tampoco impedirles ser ellos mismos, justificando engañosamente este paternalismo y alegando una falta de preparación. La libertad se aprende precisamente ejercitándola y no ahogándola entre algodones protectores.

Los españoles hemos olvidado, por causa de nuestra retrógrada educación, que la verdad, si está presentada adecuadamente para poder ser captada, es más

atractiva que el error. Y que el error mismo brinda un homenaje a la verdad, ya que atrae a los hombres no por lo que tiene de erróneos, sino por aquella mayor o menor parcela de verdad que siempre posee.

De ahí la necesaria complementación de estas tres reglas: confianza en la verdad, libertad para la cultura, que es su clima, y crítica radical de todo para no caer en los engañosos atractivos que quieren ocultar lo real bajo mil brillantes formas. Lo real, como descubrió Marx, es siempre dinámico cuando se mira con profundidad, y de su dinamicidad podemos deducir los auténticos signos positivos de los tiempos para ir en su línea de acción. El descubrimiento de este activo pensador es que no alcanzaremos la sociedad del futuro, la sociedad justa y satisfactoria del porvenir, lucubrando sobre un ideal abstracto para orientar la realidad, sino lo que tenemos que descubrir es "el movimiento efectivo que suprimirá la situación presente".

Ya sé que los católicos hemos aprendido en nuestros pésimos libros de religión que el pecado original gravitaba sobre nosotros, suponiendo una triste carga que nos arrastraba siempre hacia abajo en nuestro sentimiento, nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero hay que decir a los católicos que esto no es verdad. Que afirmar ese peso negativo y pesimista de la realidad humana es una verdadera herejía contra la tradicional enseñanza católica, que no cree en los pesimismo luterano y tiene, en cambio, una abierta y dinámica concepción de lo que es natural en el hombre y de su fuerza. No pesa sobre el ser humano un destino agobiante que le haga fatalmente agresivo o sin remedio destinado a buscar la verdad sin poderla nunca encontrar. Es la injusta sociedad la que gravita sobre el hombre, la que pesa sobre él, la que le impide desarrollar esa energía creadora que bulle en el fondo de toda realidad. No tenemos los hombres una herencia ineluctable de la cual no podríamos escaparnos nunca teniendo que vivir de la paciencia y resignación de nuestros necesarios males. Esta es precisamente la sociedad que tiene que ser vencida, y puede ser vencida por una crítica radical y libre, y por el anhelo de un cambio profundo de las estructuras, y, de esta manera, se nos abrirá un futuro más acogedor. Señores: no tengamos miedo a la libertad ni desconfiemos de ella, porque ella nos salvará. ■